

Pedro Selva

## El autor y su obra



**T**ANTO esperé decir lo que, al fin, me sucedió lo que tenía que ocurrir: lo ha dicho otro, lo ha dicho mejor que yo, mejor de lo que, seguramente, lo hubiera podido decir yo,

¿Qué hacerle?

Repetiremos en parte, haremos coro, citando, traduciendo.

Se trata de lo siguiente.

La crítica literaria del siglo XIX—admirable crítica, inteligente, penetrante, sistemática y eruditísima—se orientó en un sentido falso que hasta hoy domina. No fué, como debía, principalmente, literaria, artística y estética, sino histórica, científica, biográfica, psicológica, sociológica. No atendía al valor real de la obra en sí por preocuparse del autor y aun dejaba a éste en segundo término por hablar de sus orígenes, sus padres, sus abuelos, sus amigos, sus maestros, el ambiente social e intelectual en que se formó, sus recursos

económicos y todas las influencias favorables o desfavorables que, durante el curso de su vida, lo condicionaron.

Sainte-Beuve se libró, hasta cierto punto, por su agudeza, su flexibilidad intuitiva, su don artístico y la poesía ondulante y diversa de su estilo; pero Taine, su continuador y discípulo dió de cabeza en la trampa y construyó un sistema rígido—el momento, la raza y el medio— que ha hecho agrietarse lamentablemente algunas de sus obras, por lo demás, monumentales.

Ambos fundaron una escuela tan de acuerdo, sin duda, con el espíritu del siglo, que hasta ahora no se concibe un buen estudio de crítica literaria sin todo ese frondoso aparato de antecedentes y circunstancias explicativas, es decir, que se creen explicativas.

Pues bien, hay que decirlo: ese es un rumbo falso, un orden equivocado; las cosas deben tomarse casi exactamente al revés, no empezando por la raíz remota—la raza, el momento, el medio—sino yendo directamente, en primer lugar, al hecho mismo, a la semilla, es decir, a la obra.

Y estudiar esta obra, no como un hecho social, económico, político o religioso, sino como lo que es, ante todo, como un hecho literario, artístico, estético, como una manifestación del instinto de belleza. Lo demás, su calidad de síntoma, su indicación trascendental, vendrá después y pertenecerá a otro estudio que harán otros estudiosos.

Seguir como quería el siglo XIX demuestra falta de sensibilidad artística y menosprecio por la obra de arte verdadera, pura, aislada.

En realidad, de ahí, de esa carencia, de ese desdén, viene la crítica literaria atenta, ante todo, al medio ambiente y que busca el cumplimiento de ciertas leyes deterministas en la creación poética.

Hay, naturalmente, leyes y relaciones entre el autor y su obra y entre el autor y su medio; pero no las conocemos tanto como para especular sobre ellas ni son tampoco, inflexibles y fatales.

Yo las compararía a la relación entre el padre y el hijo. Existen fuertes probabilidades de que el padre se parezca al hijo, de que todos los hijos saquen algo y aun mucho de sus padres, de sus tíos, de sus abuelos; pero ¡cuántas excepciones, qué de sorpresas! Es que en el hijo existe algo más, un elemento independiente, un factor desconocido, si ustedes gustan, un alma, un espíritu, no procedentes, en rigor, del padre, ni de la madre, ni del abuelo, ni de la abuela, y cuyo origen sería difícil descubrir, aunque se le buscara tenazmente.

Y eso es lo interesante; porque es ahí donde la naturaleza se cambia y, al parecer, progresa.

Sólo que captar esa chispa exige trabajo.

Y en cambio no cuesta nada hacer historia, acumular datos, reunir anécdotas y contar en un artículo o en un libro la vida del escritor, las aventuras que corrió, sus enfermedades, sus matrimonios, sus amores, los negocios que hizo, los puestos que ocupó y la cantidad

de cosas raras o vulgares, todas curiosas por tratarse de él, que le ocurrieron.

Para sentir lo primero y expresarlo se necesita un don especial, vocación, sensibilidad, temperamento de crítico; para lo otro, basta leer mucho, tener buena memoria y coleccionar apuntes.

Lo primero, además, le interesa poco a la gente; porque se trata de fenómenos sutiles, no al alcance de cualquiera.

En cambio, lo segundo forma una verdadera novela, a menudo más apasionante que la escrita por el novelista, y con sabor de realidad auténtica. No otro origen reconocen las biografías que se llaman a sí mismas, descaradamente, «vidas noveladas». ¡Vidas noveladas! Como si la vida necesitara novelarse y no, al contrario, vivificarse la novela.

Pues bien, todas estas cosas— al menos su fondo, su almendra esencial—acabo de hallarlas en el número 978, fecha de 2 de mayo último, de «*Les Nouvelles Littéraires*», firmadas por R. Vargas. «professeur a la Sorbonne» en un artículo titulado: «*La Vie de Ecrivain commande-t-elle son art?*».

Claro que gran parte de ellas se habían dicho. Nada hay nuevo, ni aún la sentencia de Salomón; pero este profesor pone las cosas al día y les aplica su sello.

Dice este maestro:

«Ocurre con los problemas literarios como con los recuerdos: se les lleva largo tiempo virtuales, anodinos, pacíficos, hasta que un día algún acontecimiento

imprevisto les confiere una presencia real y los puebla de genios turbulentos. Hace años que medito, sin especial agudeza, en las relaciones entre el arte y la biografía».

Reconoce que ciertos detalles de la vida privada de un autor sirven para saborear mejor su obra: conviene saber quién era Laura para gustar los sonetos de Petrarca y no ignorar la existencia de Jorge Sand cuando se leen «Las Noches de Musset».

Pero, refiriéndose a dos obras recientes y sensacionales, la «Dolores» de Wells y los papeles íntimos de Thackeray, afirma terminantemente que la clave, la intimidad, la trastienda literarias no le importan ni cree que puedan determinar el mérito de un libro. O servir para explicárselo. En realidad no explican nada.

Lo importante, por ejemplo, en «Dolores» es que esta novela le ha gustado mucho, porque «desde las primeras páginas revela una inteligencia extraordinariamente viva, que sabe coger el mundo y no lo disuelve, un «humour» que en ningún instante parece superpuesto, por adorno, sino compenetrado con las fibras y nudos del relato, y porque hay en ella, sobre todo, una potencia de creación y un vigor que convierten su banal argumento, un tantico policial, en incontestable obra maestra».

¿Qué tiene que ver en todo esto la clave, el entrebastidores y si se trasluce o no se trasluce la vida íntima de Wells?

La publicación de la Correspondencia de Thackeray ha sido un acontecimiento internacional de repercusiones sensacionales. Se ve allí que, mientras componía algunas de sus novelas célebres, atravesaba el novelista una crisis de desgarramiento moral, porque habían internado a su compañera y experimentaba una pasión loca, llena de zozobras, por la mujer de un amigo. Pero todo eso ¿qué les agrega a sus libros? Lo celebrarán en las charlas de los salones literarios. Excelente comidilla. «Usted sabrá quién es el Barón de Charlus. Y por supuesto que Albertina es Alberto... ¿Sabe que la fiebre amorosa le venía a Sterne de la tisis? A menos que no fuera lo contrario. ¡Y el caso del pobre Swift!». Todo eso le parece a M. Las Vergna tan digno de estudio como la cuestión que, según él, apasiona hoy a toda América: si Charles Boyer usa o no usa peluca...

Dos casos ejemplares, típicos, pueden alegarse como irredargüible contra-prueba.

El mayor monumento artístico elevado en la historia de la humanidad son las catedrales góticas, ese bosque de maravillas, esa reunión de obras maestras, ese supremo esfuerzo de la tierra por alcanzar el cielo, en que se junta todo, la fe, el fervor, la sabiduría, la ingenuidad, la delicadeza mínima, el aliento inmenso, la vastedad sin límites, la actualidad de cada detalle, el alcance eterno de cada línea, el refinamiento del artificio, la espontaneidad popular. Y algo más que viene de Dios.

Pues no se sabe quién las hizo. Ni importa. Ni el saberlo agregaría una pulgada a su estatura.

Los dramas de Shakespeare. Existen vida de Shakespeare, y tumba, y estatua, y retrato, etc. Pero también existen quienes discuten la existencia de Shakespeare y que sea él quien compuso la obra firmada con su nombre. ¿Qué importancia tiene eso? Hamlet, Ofe- lia, Otelo, Desdémona, Romeo y Julieta, todas las sombras inmortales que atraviesan eternamente el esce- nario del mundo ¿vivirían más si acaso supiéramos quién les infundió su soplo divino?

Sentir ese soplo, distinguirlo antes que nadie, seña- larlo, definirlo, revelarlo: he ahí la gran tarea.

Así pues, historiadores, memorialistas, pretendidos psicólogos, hombres de ciencia fisiológica o sociológica, atraen y no levantan la voz donde sólo debe oírse una, la del crítico-artista, la del crítico-poeta, la del hom- bre dotado de sensibilidad para percibir la belleza o la ausencia de belleza y que es capaz de señalar dón- de aparece la una y dónde termina la otra, aunque no diga por qué, aunque no se remonte a las causas de las causas. A callar, eruditos y filósofos, profesores y pe- dantes que, cuando oyen cantar una alondra, derriban un estante de libros, espantan al pájaro melodioso y se quedan ellos, los sabios, triunfantes, disertando, abu- rriándonos.